

La teoría feminista: Un nuevo paradigma científico

El feminismo, que se inició como un movimiento de protesta contra la opresión patriarcal, no ha pasado de ser para muchos otra cosa que esa mera reivindicación de iguales derechos sociales, políticos, laborales, etc., por parte del colectivo de las mujeres. Sin embargo, la crítica feminista al patriarcalismo no se limita hoy a su carácter opresivo sino que apunta a la cultura patriarcal como un todo, a la que delata como un producto específicamente masculino, es decir, que recoge sólo la experiencia masculina del mundo, no la de la mujer, en categorías epistemológicas masculinas, no femeninas, y para servicio de los intereses masculinos, no de los femeninos. La cultura patriarcal no es una construcción de la mente humana sino de la mente de los varones. No es ni universal ni objetiva, y en la medida en que se presenta como tal, es errónea. Para conocer la realidad es preciso un nuevo paradigma científico, uno que no esté, como el actual, sesgado por el género (es decir, por el sexo en cuanto a los elementos culturales que lo definen no simplemente en cuanto a los elementos biológicos), sino uno que integre debidamente la experiencia masculina y femenina de la realidad así como sus visiones e intereses respectivos.

Este es el significado último del feminismo y no esa mera reivindicación de derechos a que se le quiere reducir. Es un cuestiona-

miento radical del carácter objetivo de la filosofía y ciencia patriarcales, más aún, la negación explícita de ese carácter. En lo que sigue vamos a aludir a algunos de los planteamientos feministas que arguyen la parcialidad de la cultura patriarcalista y la necesidad de un cambio en la misma no en términos reivindicativos sino en nombre de la objetividad científica. Nos limitaremos a los aspectos sociales de esos planteamientos.

EL SUJETO GENÉRICO

La filosofía tradicional ha reconocido sucesivamente la influencia de factores de muy diversa índole en la constitución del sujeto tanto agente como cognoscente. Para Aristóteles el entendimiento es como una tabla rasa en la que no hay nada escrito en su origen, una pantalla limpia capaz de reflejar la realidad tal cual es. Según Kant, no hay esa potencia pura sino que nuestro aparato cognoscitivo es por naturaleza un sistema peculiar de captar la realidad de modo que ésta no nos es accesible en sí misma: nuestros sentidos y nuestra inteligencia son modos de percibir el mundo y de organizar esa percepción, no simples potencias para percibirlo. Esta posición ha sido asumida por las teorías evolucionistas surgidas después de Darwin, las cuales hacen de la razón humana una facultad que se ha ido perfilando a lo largo de la evolución justo para conocer aquella parte de la realidad que interesa a la supervivencia, no la realidad sin más. El marxismo cifró en las condiciones materiales de la vida el factor que determina nuestra conciencia, es decir, nuestra comprensión e interpretación del mundo. Freud descubrió la importancia del inconsciente en la génesis de los afectos y de las ideas del hombre, un inconsciente individual constituido fundamentalmente a raíz de las experiencias infantiles. A este inconsciente propio de la biografía de cada sujeto C. G. Jung añadió el inconsciente colectivo, también propio de cada individuo, pero que responde a la biografía de la especie y contiene las experiencias arcaicas de la misma, a las que llamó arquetipos.

Todas estas teorías, a las que pueden sumarse otras muchas, son un exponente del lugar central ocupado por el tema del sujeto y su génesis en la especulación filosófica tradicional. La última novedad al respecto es que no hay sujeto, así por lo menos lo ha proclamado la posmodernidad. En todo caso lo que interesa destacar es que este sujeto es siempre el masculino, asumido inocentemente como el sujeto humano. No es que se omitiera por descuido incluir a las mujeres, es que se sabía positivamente que ellas no eran agentes intelectuales y morales en sentido propio y riguroso. El sexo ha servido en el patriarcalismo para dividir a los hombres entre poseedores de razón, los varones, y desposeídos de ella, las mujeres. Mientras éstas estuvieron apartadas de las actividades del espíritu, la ideología patriarcal pudo mantener esta tesis sin inquietarse. Ahora mismo, empero, la irrupción masiva del colectivo femenino en el campo de la filosofía y de las ciencias ha terminado con el sueño narcisista de los señores patriarcas. Los hechos dejan bien claro que también las mujeres son espíritu, tienen una razón tan capaz como la masculina¹. Esta razón, además, arguye que la cultura patriarcal es un producto todo él sesgado por el género, esto es, por la subjetividad masculina, no la del hombre, cosa que el patriarcalismo nunca había sospechado a pesar de su diligencia en detectar todo tipo de condicionamientos en la formación del sujeto y en su actividad así cognoscitiva como moral².

Ya Freud había señalado que el proceso de formación de la psique masculina y femenina sigue caminos distintos y termina confi-

1 Hay que subrayar que son *los hechos*, es decir, las investigaciones, artículos, libros, acciones, etc., de las mujeres lo que está creando la evidencia de su capacidad racional, moral, política, deportiva, etc., pareja a la de los varones. Para cada esfera de la realidad las mujeres han tenido que demostrar su competencia y, aun así, hay sectores de la comunidad masculina que no se dejan convencer o áreas de la cultura patriarcal, como la religión, donde no se les consiente hacer pruebas.

2 Sobre este punto puede consultarse a Celia Amorós, *Hacia una crítica de la razón patriarcal*, Anthropos, 1985; Amelia Valcárcel, *Sexo y Filosofía. Sobre «mujer» y «poder»*, Anthropos, 1991; Alicia H. Puleo, *Dialéctica de la sexualidad. Género y sexo en la filosofía contemporánea*, Ediciones Cátedra, 1992.

gurando egos muy diferentes. El mecanismo que explica esta diferencia es el complejo de Edipo, que opera de modo desigual en el niño y en la niña. Según Freud, el niño decide renunciar al principio de placer, esto es, a la posesión de la madre y a la gozosa seguridad que ella le procura, y aceptar el principio de realidad, esto es, la vida social y sus normas, movido por el temor a la castración, temor grande que produce una conciencia grande de esas normas así como una adhesión igualmente grande a las mismas. La niña, por el contrario, que se ve a sí misma como castrada, después de pasar por un período de conflicto con la madre a la que culpa de su estado, acaba también por aceptar la cultura y sus normas, pero lo hace más tardíamente y de manera menos convincente, pues en ella no actúa el miedo a la castración sino el miedo a perder el amor del padre. En consecuencia su choque con el ordenamiento social es menos doloroso, toma menos conciencia de él y está menos dispuesta a cumplirlo. La mujer, afirma Freud, tiene un sentido de la norma moral y jurídica muy poco desarrollado. Por lo que se refiere a la capacidad intelectual la distancia entre varones y mujeres es sorprendente. Se debe, por lo visto, a que la energía libidinal de los primeros es muy superior, de suerte que pueden invertir parte de ella, sublimándola, en actividades creativas. La de las segundas es tan exigua que se les va toda en sus actividades maternas. Por eso la cultura es un producto exclusivamente masculino al que las mujeres no han aportado nada a lo largo de toda la historia. La teoría de Freud es nueva, lo que concluye, en cambio, es tan viejo y grotesco como el propio patriarcalismo³.

Algunas autoras feministas se han apoyado en este planteamiento freudiano para subrayar la índole cultural del proceso edípico y de sus consecuencias, las cuales, por supuesto, no serían falta de inteligencia y de moralidad como quiere la misoginia patriarcal sino una

3 Cf. Alicia H. Puleo, 'Dos escuelas de la sospecha: hombre y mujer en el materialismo histórico y el psicoanálisis', en Alicia H. Puleo (Coord.), *La filosofía contemporánea desde una perspectiva no androcéntrica*, Ministerio de Educación y Ciencia, 1993, pp. 65-82, donde la autora hace una exposición precisa de las ideas freudianas referentes a este tema y ofrece una bibliografía selecta.

percepción moral e intelectual en las mujeres que se aparta de la de los varones. En principio, arguyen, el bebé humano, cualquiera sea su sexo, está identificado con la madre y su mundo. La conciencia de que es un ser aparte, un individuo diferente, toma cuerpo en el niño a través de unas experiencias que no se dan en el caso de la niña. La madre, en efecto, hace sentir al niño que es de otro sexo, no así a la niña. Con ésta mantiene un contacto corporal más estrecho hasta una edad más avanzada, cosa que no hace con aquél. La sociedad sanciona este comportamiento diferenciado, pues mientras acepta las manifestaciones eróticas de la niña con su madre castiga las del niño censurándole por estar todavía agarrado a las faldas de la madre, no ser un hombre, etc. El resultado es que el niño se ve empujado a separarse drásticamente de la madre, a poner un límite entre ella y él, a independizarse y constituirse en un individuo. La niña, por el contrario, permanece vinculada con la madre, confundida con ella, sin llevar a término proceso alguno de independencia. Esto da lugar a dos constituciones radicalmente distintas de la psique humana, según sea masculina o femenina. La masculina está poseída por la categoría de lo separado, lo autónomo, la femenina por la de lo unido, lo relacionado. Una y otra categoría, la de separación y la de relación, determinan una imagen del mundo y una praxis social distintas y contrapuestas⁴.

LA SOCIEDAD MASCULINA

Uno de los lugares de la cultura patriarcal donde más claramente aparece la índole disociativa de la mente masculina y, por tanto, su peculiaridad genérica es en las teorías clásicas del contrato social para explicar la génesis y la naturaleza de la sociedad. Su punto de

4 Las primeras interpretaciones en este sentido fueron las de Dorothy Dinnerstein, *The Mermaid and the Minotaur: Sexual Arrangements and Human Malaise*, Harper and Row, 1977 y la de Nancy Chodorow, *The Reproduction of Mothering*, University of California Press, 1978 (trad. esp., *El ejercicio de la maternidad*, Gedisa, 1984).

partida, en efecto, es que los hombres, en su estadio primero y *natural*, vivan en solitario, separados unos de otros, temiéndose a muerte (Hobbes), no respetando las leyes naturales (Locke) o como estúpidos (Rousseau). Poco importa para el caso que semejante estadio lo conciban como histórico o sólo como una ficción en orden a argumentar un determinado modelo de convivencia social, pues, en definitiva, vienen a concluir que la vida humana en sociedad puede pensarse como el efecto de un contrato en el que el grado de socialización de los pactantes es cero. El planteamiento es absurdo y se pone de espaldas a lo más evidente y elemental: los hombres ya están socializados para cuando quieren pensar en socializarse, sus ideas y sus deseos para entonces no son limpios sino que están profundamente inscritos en su alma y sólidamente configurados. Estos tres contractualistas son de los que ignoran a las mujeres para todos estos asuntos, pues no las consideran sujetos en sí sino apéndices de los varones. Veamos cómo se expresa Hobbes: «En la naturaleza del varón encontramos tres causas principales de discordia: primera, la competencia, segunda, la desconfianza, tercera, la gloria. La primera hace que los varones luchen por su interés, la segunda, por su seguridad y la tercera, por su reputación. La primera les mueve a la violencia para hacerse dueños de la persona de otros varones, de sus mujeres, de sus hijos y de su ganado»⁵. Pero no es este desprecio hacia las mujeres lo que les desautoriza sino la ignorancia supina de que hacen gala al suponer que los varones nacen de la tierra como las setas. El hecho primario y universal en la vida de todo hombre es la relación, una relación corporal y psíquica precisamente con la madre. Esta relación echa los pilares de la existencia humana a todos sus niveles, ya que la madre nutre al hijo no sólo materialmente sino con los valores todos de su cultura. Lo que hay que explicar no es el origen de la sociedad sino el de esos tipos sueltos y huraños⁶.

5 *Leviatán*, parte I, cap. 13.

6 Cf. Carole Pateman, *The Sexual Contract*, Stanford University Press, 1988 (recensión en *Isegoria* 6 [1988] p. 188); Alison Jaggar, *Feminist Politics and Human Nature*, Rowman and Allanheld, 1983.

La explicación reside en que el patriarcalismo procede de manera activa y sistemática al acoso y derribo de los lazos que unen al niño con su madre, lazos que son los más profundos y los más naturales en la vida del hombre. En casi todas las culturas, incluida la nuestra, se observan unos ritos de iniciación, en muchos casos de una ferocidad increíble, que tienen por objeto destruir en el muchacho —en la muchacha no se tiene por necesario— las huellas dejadas en su alma por los cuidados y enseñanzas maternas. En su lugar se le inoculan las pautas y valores del colectivo masculino. Se pretende rescatar al niño de la compañía de las mujeres, madres y niñas, e integrarlo en la sociedad de los varones mediante una especie de muerte y segundo nacimiento que le convierte en un hombre de verdad, es decir, en un varón. Freud ha explicado este proceso en la familia burguesa por el mecanismo del edipo, activado en el niño por el temor a ser castrado. La maduración, por consiguiente, de los varones no ocurre en la sociedad patriarcal de una manera natural y continuada sino a través de una ruptura brusca y dolorosa con la fase inicial y más básica, la materna, y el ingreso por la fuerza en la paterna. Esto crea un desequilibrio estructural en la psique masculina, dividida entre el deseo de retornar a la etapa infantil y el de abrazar los ideales masculinos⁷. El desgarramiento provocado es la raíz, según Freud, del malestar inherente a la cultura, un malestar que no es posible superar, ya que, en su opinión, la sociedad debe su origen precisamente a la represión del principio de placer, y su continuidad está asociada al éxito en mantener esa represión. En efecto, el deseo de regresar a la relación con la madre —deseos regresivos— es constante y se le ha de reprimir constantemente, de otra suerte el orden social se disolvería y se instalaría de nuevo el antiguo caos. ¿Qué caos? El de la relación madre-hijo.

7 David D. Gilmore, *Manhood in the Making. Cultural Concepts of Masculinity*, Yale University Press, 1990, hace un estudio excelente sobre el significado profundo de estos ritos de iniciación valorándolos positivamente, excepto en lo que se refiere a sus contenidos antifeministas.

LA EVOLUCIÓN MASCULINA DE LA SOCIEDAD

El rechazo de la socialización materna trae como consecuencia lógica el que no se la compute como un trabajo social. Si la sociedad se inaugura coincidiendo con el cese de la dependencia del niño respecto de su madre, es claro que las tareas femeninas de la reproducción y crianza son pre-sociales, quedan relegadas al reino de la naturaleza. Marx vio que la reproducción era, junto con la producción, las dos formas de trabajo que daban origen a la sociedad y la perpetuaban. Pero en los múltiples desarrollos de su teoría no contempla el trabajo reproductor y educativo llevado a cabo por las mujeres como fundamento de la sociedad⁸. En las versiones modernas del contrato social, la de John Rawls, por ejemplo, o la de Habermas, no se introduce como elemento configurador del proceso formal que determina los contenidos materiales del consenso los intereses de las mujeres en cuanto reproductoras⁹. Sólo se les ha ocurrido tras las críticas feministas.

Al retirar a las funciones reproductivas el título de trabajo social se pone a las mujeres al margen de la cultura y de su historia. Ésta es la narración de aquellos acontecimientos que señalan la marcha de la sociedad y sus cambios. Cada teoría sobre la evolución de la humanidad tiene su propio repertorio. En el caso de Marx es decisivo el progreso experimentado por los instrumentos de producción, como es el paso del molino de agua al molino de vapor. La proclamación universal de los derechos humanos tras la Revolución Francesa cuenta para la mayoría de los historiadores como uno de los hitos más señeros de la historia. Todos estos sucesos, sin embargo, han sido significativos únicamente para los varones y para los procesos de producción desempeñados por ellos pero

8 Una breve exposición de esta temática acompañada de bibliografía la puede encontrar el lector en Alicia H. Puleo, *Dos escuelas de la sospecha...* (véase la nota 3).

9 Cf. María-Xosé Agra, 'La justicia como equidad: Neocontractualismo y crítica desde el género-sexo', en Alicia H. Puleo (Coord.), *La filosofía contemporánea...*, pp. 125-136.

carecen de relieve desde el punto de vista femenino. Las mujeres no han visto cambiadas para nada las condiciones de su vida, ya que las formas de reproducción y las relaciones familiares, en las que ocupaban una posición subordinada, continuaron siendo las de siempre. Los derechos humanos tuvieron que reivindicarlos por su cuenta en un movimiento distinto que el de los varones y teniendo a éstos como opositores. Para ellas, como destacan las feministas, la primera y mayor revolución la ha traído la píldora, que les ha permitido controlar los procesos reproductivos, y, más recientemente, los parvularios, que les permite reducir el tiempo de dedicación a los hijos y participar, al igual que los varones, en el trabajo productivo¹⁰. En esta misma línea revolucionaria hay que colocar su acceso al mercado laboral y la independencia económica consiguiente, que ha transformado por completo su posición en la estructura de la familia y con ello, como es obvio, la naturaleza misma de esta institución.

LAS RELACIONES SOCIALES

La separación violenta y dolorosa del mundo femenino que experimenta el niño genera un rechazo de todo lo que significa ese mundo, en concreto de todos los valores concomitantes a una relación íntima: placer sensual, ternura, apego, confianza, complicidad solidaria y demás. La categoría de separación con la que se forja el ego masculino se proyecta luego en todas las producciones culturales del patriarcalismo. Distancia con respecto al propio cuerpo, cuya pesantez, como decía Platón, impide al espíritu evolucionar libremente. Hostilidad hacia él y hacia todas las aficiones vinculadas con él, como el recreo, la complacencia, el sexo y la mujer, pues ésta cuenta como el epítome de la sensualidad corporal, hostilidad que es pre-

10 Cf. Juliet Mitchell, *La condición de la mujer*, Anagrama, 1977 y *Psicoanálisis y feminismo*, Anagrama, 1977. Amelia Valcárcel, *Del miedo a la igualdad*, Crítica, 1993; María-Ángeles Durán (Coord.), *Mujeres y hombres*, Castalia, 1993.

ceptiva en la religión cristiana ¹¹. La manía de evitar el cuerpo, sucio y opaco, y de vivir ejerciendo sólo el espíritu, limpio y luminoso, se expresa ejemplarmente en las teorías epistemológicas que, al modo de la de Kant y del idealismo alemán, se figuran un sujeto trascendental que a solas con su capacidad cognoscitiva y sus categorías a priori construye la realidad y se pone incluso a sí mismo en un acto puro y autónomo del espíritu, sin dejarse contaminar ni por las cosas en sí ni por los afectos ¹². Esta misma arrogancia frente a la materia ilustra la actitud adoptada con la naturaleza, a la que considera extraña y opuesta, un objeto a dominar y explotar. Así se manifiesta Bacon, uno de los fundadores de la ciencia moderna, quien, por cierto, equipara a la naturaleza con una mujer a la que hay que rendir y fecundar ¹³. Las devastadoras consecuencias de este enfrentamiento entre el hombre y el resto de la creación ha suscitado, primero, la alarma, luego una nueva filosofía y conciencia ecológica cuyo contenido fundamental se puede resumir como el intento de reemplazar el principio separación por el principio relación, la imagen masculina por la imagen femenina del mundo ¹⁴.

Pero es en la estructura social pensada y vivida por el patriarcalismo donde se refleja de modo más transparente el talante disociativo y objetivador de la mente masculina, y su contraste con la mentalidad femenina. El varón, que ha tenido que emanciparse de la madre, se percibe a sí mismo como algo aparte, autónomo, situación que le ayuda a desarrollarse como un yo individual, bien deslindado

11 Cf. Emilio García Estébanez, *¿Es cristiano ser mujer?*, Siglo XXI, diciembre 1992, donde hacemos un análisis del concepto de lo femenino en la religión judeo-cristiana.

12 Los hermanos Böhme, Hartmut y Gernot, han hecho un estudio del racionalismo kantiano desde el punto de vista psicoanalítico que pone en evidencia el origen neurótico de su teoría y de todas las que se le parecen (cf. *Das Andere der Vernunft*, Suhrkamp, 1985).

13 Cf. Evelyn Fox Keller, *Reflexiones sobre género y ciencia*, Ed. Alfons el Magnanim, 1991 (recensión de María Luisa P. Cavana en *Agora* 10 [1991] 218-221).

14 Cf. Dorothee Sölle, *Liebe und arbeiten. Eine Theologie der Schöpfung*, Kreuz, 1985.

de los otros yoes sociales. La sociedad es para él un conjunto de individuos o mónadas cuyas interacciones es preciso regular mediante normas externas que garanticen la independencia de cada uno a la vez que la convivencia pacífica y ordenada. La expresión última y más acendrada de esta regulación es la doctrina de los derechos humanos individuales o de la persona. De otro lado, la ruptura de la relación con la madre, que ha sido dolorosa y frustrante, genera temor y desconfianza hacia toda intimidad por la dependencia emocional en que coloca al sujeto y porque, caso de fallar, reproduciría el trauma vivido en la infancia. Esto empuja a los varones a labrarse una autonomía que les proteja de esa eventualidad afenándose por conseguir aquellos bienes que la aseguran, a saber, riquezas, prestigio y rango, y evitando establecer relaciones estrechas y personales con nadie para no hipotecar el objetivo que uno se ha propuesto, a saber, el de ganarles. La sociedad patriarcal resulta así competitiva y jerárquica, y en cuanto a las relaciones de los unos con los otros resulta una sociedad fría, pasmada, indiferente a los sentimientos y problemas personales de los demás¹⁵.

La mujer, por el contrario, que no ha consumado su emancipación por respecto a la madre ni sentido la necesidad de desarrollar un yo individual, ve a los demás como vinculados entre sí y con ella, se considera concernida por sus sentimientos y problemas y no le parece suficiente el respetarles, el no infringir simplemente sus derechos, sino que experimenta la obligación moral de ayudarles positivamente. Esta misma visión de la realidad como un todo relacionado y concernido les crea dificultades para comportarse con los otros al modo en que lo hacen los varones, compitiendo con ellos y superándoles si es posible. El miedo al éxito, una ansiedad que las investigaciones han detectado en las mujeres profesionales, se atribuye a esta dificultad: ascender por encima de los compañeros de trabajo significa para ellas herir de alguna manera los sentimientos de éstos al situarlos en una esfera de inferioridad y, sobre todo, al tener que

15 Cf. Claudia Szczesny-Friedmann, *Die Kühle Gesellschaft*, Kösel, 1991.

separarse de ellos, ya que jerarquía denota un arriba y un abajo, es decir, distancia. El escaso número de mujeres que llegan a ocupar puestos de ejecutivos superiores se aclararía en parte por esta disposición anímica de ellas y no solamente por la segregación de que son objeto en un ambiente dominado de siempre por los varones.

Todo este tema ha sido sometido recientemente a un debate extenso y profundo en el que han intervenido figuras muy destacadas de la filosofía contemporánea. En un principio se habló de dos morales, una masculina, basada en principios universales y abstractos de justicia y otra femenina, basada en consideraciones concretas, a la que Carol Gilligan, la autora que llamó la atención sobre ella, puso el nombre de moral de la solicitud¹⁶. Los últimos desarrollos feministas han abandonado esta dicotomía y defienden una moral de la solicitud que procede mediante la aplicación de principios universales y que supera, pero incluyéndola, a la moral de la justicia. Además, la adopción de una u otra ética no está inmediatamente asociada al sexo sino a las experiencias previas que haya tenido el sujeto moral, sea varón o mujer. Los varones que por su trabajo o profesión tienen que acomodarse a las necesidades de los demás y estipular un compromiso con ellos se vuelven más atentos a las circunstancias concretas que concurren en el comportamiento de los otros así como a sus posibles sentimientos y adoptan en sus juicios morales las posiciones propias de una ética del cuidado. Sucede sencillamente que en la sociedad patriarcal casi todas las mujeres poseen esa experiencia previa en el trato con sus hijos y con sus maridos. De ahí la voz diferente con que se manifiestan. Pero esta diferencia se debe a su condición de cuidadoras no a su condición femenina¹⁷.

16 De los muchos trabajos que existen sobre el tema recomendamos el de Esteban Pérez-Delgado, R. García Ros, *La psicología del desarrollo moral. Historia, teoría e investigación actual*, Siglo XXI, 1991.

17 Cf. Seyla Benhabib, *Situating the Self*, Harvard University, 1992; Rita C. Manning, *Speaking from the Heart. A feminist Perspective on Ethics*, Rowman and Littlefield, 1992.

Prescindiendo de las conclusiones a que pueda conducir este debate, es evidente que en él se enfrentan dos modelos de vida social, uno levantado sobre el principio separación y el otro sobre el de relación.

LAS RELACIONES DE PAREJA

El recelo que ya hemos mencionado que se apodera de los varones frente a la intimidad, aparte los efectos sociales que indicamos, repercute también en el comportamiento con su esposa o compañera, más privado y personal. Los varones tienen dificultades para entregarse incondicionalmente y fusionarse en cuerpo y alma con su mujer ni son capaces de dar rienda suelta a sus emociones de amor y de ternura. Las mujeres, cuyo fuerte, como hemos visto, es la relación, sí son capaces de esta intimidad. En la familia burguesa este era precisamente el cometido que les estaba encomendado y para el que se las suponía naturalmente dotadas, mientras el esposo tenía la obligación de mostrarse a este respecto lo debidamente frío y cerebral. Hoy, en cambio, las mujeres postulan reciprocidad en las relaciones afectuosas y no están dispuestas a soportar a un sujeto emocionalmente impotente. La crisis del matrimonio y de la familia tiene este asunto como causa principal, al parecer.

Parte del colectivo masculino reconoció este cargo así como el otro que se les hacía de que su postura distanciada estaba motivada por su complejo de superioridad y de dominio. Muchos varones decidieron renunciar a sus roles sexistas, romper la coraza que les impedía exteriorizar sus emociones, asumir con empeño su rol paternal y, a la búsqueda de su ánimo, confraternizar con el feminismo, alistarse en la cruzada ecologista y ponerse en armonía con el cosmos. Apenas iniciado este movimiento, surge otro que trata de remediarlo. El varón tierno y ecologista no es más feliz, preserva la vida pero no la genera, no es agresivo pero carece de energía. Bien lo de repudiar la violencia y el dominio, pero no a costa de perder la identidad mas-

culina, la firmeza viril, el hombre salvaje que se oculta en las profundidades de su alma¹⁸. En el campo feminista se califica a este segundo movimiento de contragolpe, de reacción, de intento de arrebatarse a las mujeres el terreno ganado en su lucha por la emancipación¹⁹.

El gran impedimento para que varones y mujeres lleguen a establecer una relación íntima lo cifran algunos en la polarización de los sexos, en el inconsciente del sexo, vale decir, el distinto equipamiento psicológico con que varones y mujeres alcanzan su madurez y la distinta experiencia del mundo que, consiguientemente, tienen unos y otras. Un mismo fenómeno lo ven de manera diferente de modo que los mensajes que intercambian sobre él tienen un contenido para el emisor y otro para el receptor. Ella ve el mundo como relación, como cuidado, como compromiso, él como conflicto, como lucha, como peligroso. Cuando ella habla de intimidad entiende cercanía, fusión, él, en cambio, entiende libertad y tranquilidad. Ellas aman, ellos se dejan amar. Para que entre ambos sea posible una auténtica comunicación no basta con aprender las técnicas al respecto. Se requiere que ambos desmonten los sistemas de autodefensa que tienen instalados en lo más hondo de su espíritu y que están articulados en ella sobre el principio relación y en él sobre el principio separación²⁰.

El diálogo de pareja repite la estructura del diálogo social. En la sociedad el varón se ve a sí mismo como un individuo en una estructura jerárquica donde los intercambios verbales ocurren entre personas de distinto rango y se desarrollan como una especie de contienda en que cada uno pretende señalar su superioridad o evitar una derrota. En este contexto la independencia es un valor clave, pues permite dar órdenes y le protege a uno de recibirlas. La mujer, por

18 Cf. Robert Bly, *Iron John. Juan de Hierro*, Plaza & Janes, 1992; Sam Keen, *Fire in the Belly*, Bantam Books, 1991; Herb Goldberg, *The Inner Male*, New American Library, 1987.

19 Cf. Susan Faludi, *Reacción*, Anagrama, 1993.

20 Véase la obra antes citada de Herb Goldberg.

el contrario, se ve a sí misma como un individuo en un tejido social de relaciones donde los intercambios verbales pretenden obtener apoyo y confirmación o darlos. Intimidación es el valor clave, y aislamiento lo que se quiere evitar. Dado que en las conversaciones de pareja cada uno de ellos se expresa en clave diferente, una de las cuales, la de jerarquía, es una defensa frente a la intimidación, es claro que las posibilidades de entenderse son escasas y las de alcanzar una unión estrecha y honda, casi nulas²¹.

EL YO AUTÓNOMO

Un ego fuerte, autodesarrollado, dinámico, que confía en sí mismo encarando con sus solas fuerzas las dificultades de la vida, independiente frente a los demás, he aquí parte de la descripción emblemática que dan los manuales del patriarcalismo del hombre ideal, es decir, del varón perfecto. Es un señor que ha labrado su identidad y la mantiene a lo largo de las más variadas vicisitudes, al modo de Odiseo, quien tras veinte años de aventuras y fatigas lejos de su patria y de su hogar, torna, idéntico a sí mismo, al punto de partida, a su esposa Penélope, que sigue allí y le ha permanecido fiel, y a sus fincas y ganados.

Las feministas encuentran este ideal masculino por demás irritante. Ellas, con sus embarazos, partos y custodia de los hijos, viven en una constante relación que, además, les exige anteponer la satisfacción de las necesidades ajenas a las suyas propias, sacrificar sus posibles proyectos personales para atender y confortar con su presencia a sus hijos pequeños. Sería posible que se sintieran realizadas con la maternidad, pero ésta no tiene rango ni de trabajo ni de profesión en el patriarcalismo. Lo suyo, según el programa patriarcal, es esperar al esposo, como hizo Penélope, y estar preparada para atu-

21 Cf. Deborah Tannen, *You just don't understand. Women and Men in Conversation*, William Morrow and Company, 1991.

sarle y consolarle, dándose por satisfecha si él la reconoce y premia con su ternura y su afecto. Si no lo hace, ella redoblará sus esfuerzos para mantener viva la relación, calmar las inquietudes de él y merecerse de nuevo su amor. Así, mientras él anda atareado en afianzar su yo y preservar su independencia, ella, en su afán por ganarle o no herirle, labra su propia dependencia. El ideal masculino del yo autodesarrollado y autónomo, palabras éstas sacramentales en la psicología humanista, es un lujo que los varones se permiten a costa de las mujeres. Se supone que ellas están ahí para darles cariño y sostén sin que ellos estén propiamente obligados a corresponder²². La conciencia feminista moderna está haciendo saltar este arreglo entre los sexos. Ahora exigen reciprocidad y, caso de no obtenerla, son muchas las que no dudan en despedir a su compañero y sustituirle por otro, o por ninguno. Que cultive su yo enérgico y soberano en otra parte. Los altos índices de divorcio y las formas alternativas de matrimonio que están proliferando —cohabitación, familia monoparental, etc.—, no son ajenos a esta obsesión independentista de los varones.

La crítica feminista argumenta a este particular que el punto de partida en el mundo humano, establecido por la misma naturaleza biológica, es la relación, la interdependencia, el vínculo. Todo hombre nace y crece sano y equilibrado dentro de una red más o menos tupida de relaciones y gracias a ella. Este entramado o urdimbre echa los cimientos de la psique humana, de modo que si falta o es insuficiente deja de constituirse dicha psique, como es el caso de los niños bravíos, o se constituye defectuosamente, como en los casos de un relativo aislamiento social. Asimismo, parece lógico que el desarrollo de la personalidad se apoye sobre estos cimientos y no, como en el caso del ideal masculino de autonomía, sobre su liquidación. Esto sólo puede producir una estructura psíquica inestable y descoordinada, un yo, por tanto, sin raíces y sin unidad. Y así es el yo que el

22 Harriet Goldhor Lerner, *The Dance of Intimacy*, Harper & Row, 1989; Catherine Keller, *From a broken web. Separation, Sexism, and Self*, Beacon Press, 1986.

patriarcalismo ha brindado como meta del progreso personal del individuo²³.

CONCLUSIÓN

El mensaje nuclear vehiculado por el feminismo es que, entre los muchos condicionamientos a que está sometido el entendimiento humano, el género del sujeto es uno de los fundamentales. La posición hegemónica del patriarcalismo y el monopolio que se ha atribuido de la palabra ha convertido su percepción particular del mundo en la única y verdadera. Al romperse ese monopolio y hacer también las mujeres uso de la palabra, estamos escuchando un relato absolutamente nuevo sobre ese mismo mundo. La explicación de esta divergencia, la más plausible y comúnmente aceptada, se remite, como hemos dicho, al modelo de crianza, distinto para los niños y para las niñas, el cual da lugar a la constitución de dos sujetos humanos, el masculino y el femenino, provistos de categorías epistemológicas y emocionales contrapuestas, la de separación para los primeros y la de relación para los segundos, que determinan una experiencia y comprensión de la realidad que no se avienen entre sí. Esta primera impronta se confirma con el reparto de roles sexuales o es su confirmación.

En un primer momento, dominado por las reivindicaciones de igualdad, se propuso como remedio la aplicación de un mismo modelo educativo a los niños y a las niñas, de modo que resultara un único tipo de sujeto, integrado por cualidades masculinas y femeninas en la debida proporción, un andrógino. Asimismo, se sugirió dar a las niñas la misma educación que recibían los niños para dotarlas de habilidades iguales de cara a integrarse y desenvolverse en la cultura patriarcal. Esta propuesta fue decididamente recusada, pues equivalía a sancionar esa cultura y a privar a las mujeres de su iden-

23 Cf. Alison Jaggar, *Feminist Politics and Human Nature*, Rowman and Allanheld, 1983.

tividad genérica. La teoría feminista apunta en sentido contrario: el patriarcalismo adolece de una sesgadura o vencimiento «masculinizante» que hace de él un producto alienado y erróneo desde la perspectiva de la naturaleza humana adecuadamente tomada. Es necesario, pues, elaborar un nuevo paradigma científico, que no sea sólo masculino ni tampoco sólo femenino sino que haga justicia a ambos sexos. Puesto que la dicotomía de sujetos es, al parecer, un corolario natural del proceso de socialización que se efectúa en la familia, es esta institución y la del matrimonio la que está soportando el peso entero de los planteamientos feministas por más que, aparentemente, no tengan nada que ver con la misma. Es en ella donde se fragua el patriarcado. Luego algo fundamental tiene que cambiar en ella si se quiere superar el patriarcado. Y superarlo es la razón de ser del feminismo.

EMILIO GARCÍA ESTÉBANEZ
Instituto Superior de Filosofía
Valladolid